

día con la señora de Boisy, su madre. Por la tarde el bienaventurado hizo que la señora de Chantal le diese una cuenta detallada de cuanto había pasado en su alma desde que se separaron. Escuchó atentamente su relación, y en seguida, sin decirle una palabra ni hacer la menor observación, recomendándola únicamente el abandonarlo todo á Dios, la dió las buenas noches y la dejó.

Al otro día, muy de mañana, vino á buscarla; parecía estar cansado y abatido. «Sentémonos—dijo—estoy muy fatigado y no he dormido, ocupándome toda la noche en vuestro asunto. Es seguramente la voluntad de Dios el que yo me encargue de vuestro espiritual gobierno, y que sigáis mis consejos.»

Después de esto el santo Obispo guardó silencio, y levantando en seguida los ojos al cielo: «Señora—dijo—¿os lo diré? Menester es decirlo, pues que Dios lo quiere así; los cuatro votos que habéis hecho, para nada sirven sino para destruir la paz de la conciencia. No os admiréis si he tardado tanto en resolverme; quería conocer bien la voluntad de Dios, y que nada se hiciese en este asunto sino lo que su mano hiciera.»

«Yo escuchaba al Santo Prelado—dice la señora de Chantal—como si me hablase una voz del cielo; parecía estar en un éxtasis, según su recogimiento y la lentitud con que dejaba caer, digámoslo así, las palabras una tras de otra, como si le costase trabajo hablar.»

El mismo día, antes de decir Misa, el Santo Prelado llamó á la señora de Chantal á la sacristía y la dijo renovase sus votos de obediencia, pobreza y castidad durante la Misa, en el instante de la Consagración, rogando á sus Angeles de la guarda fuesen testigos de este acto (1). La Santa lo hizo así, y por su parte el

(1) *Memorias inéditas* de la Madre Dorotea de Marigny. Asegura haber sabido este hecho de la misma boca de Santa Juana Francisca, pero

bienaventurado, al elevar el Santísimo Sacramento del Altar, después de haber renovado él mismo su voto de castidad, prometió á Dios solemnemente «ayudar, servir y hacer adelantar en el amor de Dios á su muy querida hija espiritual, lo más cuidadosa, fiel y santamente que le fuese posible, aceptándola y teniéndola en adelante como suya, para responder de ella á Dios Nuestro Señor.»

Terminada la Misa, redactó el acta y la entregó á la Santa, que hasta la muerte la llevó colgada de su cuello en un saquito, y el mismo día principió su confesión general. La concluyó el día 25, fiesta de San Luis, día célebre en la vida de la señora de Chantal, en el cual, según expresión del Santo, «renovó su juventud como el águila, entrando en el mar de la penitencia y prometiendo á Dios ser toda suya, de cuerpo, de co-

se equivoca diciendo que fué el 28 de Agosto, día de San Agustín. El acta, redactada por San Francisco de Sales y escrita por su mano, dice positivamente que fué el 22 de Agosto, octava de la Asunción de la gloriosa Virgen María. He aquí el texto integro de tan importante documento:

«Yo, Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, acepto de parte de Dios los votos de castidad, obediencia y pobreza, renovados al presente por Juana Francisca Fremiot, mi muy querida hija espiritual; y después de haber reiterado yo mismo el voto solemne de perpetua castidad que hice en la recepción de los Ordenes, el cual confirmo de todo mi corazón, protesto y prometo guiar, ayudar, servir y adelantar á la dicha Juana Francisca, mi hija, lo más cuidadosa, fiel y santamente que me sea posible, en el amor de Dios y perfección de su alma, la cual desde ahora recibo y tomo como mía, para responder de ella delante de Dios Nuestro Salvador; y así la consagro al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, un solo Dios verdadero, al cual sea dado honor, gloria y bendición por los siglos de los siglos. Amén.

»Hecho al elevar el Santísimo Sacramento del Altar, en la santa Misa, á vista de la Divina Majestad, de la Santísima Virgen Nuestra Señora, de mi buen Angel y del de la dicha Juana Francisca Fremiot, mi muy querida hija, y de toda la corte celestial, el día 22 de Agosto, Octava de la Asunción de la gloriosa Virgen, á cuya protección recomiendo con todo mi corazón este voto mío, á fin de que sea para siempre firme, duradero é inviolable. Amén.

»Francisco de Sales, Obispo de Ginebra.»

razón y de alma (1).» El bienaventurado, después de aplaudir tan santas resoluciones, la dió regla de vida, cambió su modo de hacer oración, que estaba lleno de opresión como todas sus relaciones con Dios; y para poner orden y método en el trabajo de su perfección, la señaló las virtudes en cuya adquisición debía ejercitarse primero. Todo esto duró casi una semana. La señora de Chantal había llegado á San Claudio el 21 de Agosto, y el 28 volvía á Dijón, con el rostro radiante de paz, y el corazón inundado de tanta alegría y tan dulce esperanza, que no la era posible ocultar la expresión de su felicidad. «Nunca—dice la madre de Chaugy con su gracioso estilo,—nunca volvió tan contenta á su colmena la casta é inocente abeja, después de haber recogido sobre las flores el rocío del cielo» (2).

Apenas llegó, su primer pensamiento fué subir á Nuestra Señora d'Etang, para dar allí gracias fervorosas á Dios y á su Santísima Madre por los beneficios que había recibido en San Claudio. Vertió abundantísimas lágrimas; renovó todos sus votos, particularmente el de obediencia; redactó el acta y la firmó con su sangre sobre el altar (3).

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, 14 de Octubre de 1604.

(2) *Memorias*, pág. 5.

(3) He aquí este importante documento que la Santa llevaba en un saquito pendiente del cuello:

«Señor Todopoderoso y eterno: yo, Juana Francisca Fremiot, aunque indigna de ponerme en vuestra divina presencia, confiando, no obstante, en vuestra bondad y misericordia infinitas, hago voto á vuestra Divina Majestad, en presencia de la gloriosa Virgen María y de toda vuestra Corte celestial y triunfante, de perpetua castidad, y obediencia al Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra, bajo la autoridad de los legítimos superiores: suplicando muy humildemente á vuestra inmensa bondad y clemencia, por la preciosa sangre de Jesucristo, que os sea agradable, y recibáis benignamente este holocausto en olor de suavidad, y que así como os habéis dignado darme gracia para deseirlo y ofrecéroslo, os agrade dárme también muy abundante para cumplirlo. Amén.

«Escrito en Nuestra Señora d'Etang, 2 de Septiembre de 1604.»

Con esto parecía que la señora de Chantal debía haber conseguido una paz duradera. Pero tal era la delicadeza de conciencia de esta mujer admirable, que después de las precauciones que había tomado para mudar de confesor, después de la larga y prudente reserva de San Francisco de Sales, después de tantas oraciones y maduras reflexiones, aún estaba inquieta. Muy diferente se mostró en esto de esas personas ligeras que cambian sin cesar de confesores, en apariencia por encontrar mejores guías, pero en realidad para hallar otros más débiles y condescendientes. Fué, pues, menester que San Francisco de Sales la escribiese una larga carta para tranquilizarla; pero no debemos sentirlo, porque entre las cartas del bienaventurado no sé si hay alguna ni más útil ni más amable.

«La elección que habéis hecho de mí para guía espiritual vuestro—la dice—tiene todas las señales de una buena y legítima elección; no dudéis de esto, os lo suplico. El vigoroso impulso de espíritu que os ha inclinado á ello con tanta fuerza y consuelo al mismo tiempo; la circunspección con que he procedido antes de resolverme á ello; el no habernos fiado uno ni otro de nosotros mismos; el haber oído el dictamen de vuestro confesor, bueno, docto y prudente; el tiempo que hemos dado para calmar las agitaciones de vuestra conciencia y debilitar vuestras inquietudes si estaban mal fundadas; las oraciones, no de un día ni de dos, sino de muchos meses, con que hemos procurado alcanzar la luz que para decidirnos necesitábamos, son, sin duda, señales infalibles de que esta era la voluntad de Dios... Descansad, pues, en esto, os lo suplico, y no disputéis más con el enemigo sobre este punto, diciéndole con resolución que Dios lo ha querido y lo ha hecho.»

Y como la señora de Chantal, cuya bella alma estaba llena de delicadeza, había escrito al Santo Obispo

que temía serle gravosa, sabiendo lo abrumado que estaba con tantos negocios, el bienaventurado, para disipar este recelo y abrirla dulcemente el corazón, la deja entrever alguna parte de los sentimientos de estimación y santo afecto que Dios le inspiraba hacia su corazón: «Sabed, mi muy querida hermana, que desde que comunicasteis conmigo vuestro interior, me dió Dios un grande amor á vuestra alma. Cuando os declarasteis á mí más particularmente, echaisteis un lazo admirable á mi alma, para que amase yo más y más á la vuestra, lo cual me hizo escribiros que Dios me había dado á vos para que os llevase á Él, y que no era posible aumentar en lo más mínimo el afecto que sentía en mi alma, sobre todo al rogar á Dios por vos. Pero ahora, querida hija mía, existe además una cierta y nueva cualidad que no me es posible descifrar. No, no añado un solo ápice á la verdad; hablo delante del Dios de mi corazón y del vuestro: cada afecto se diferencia particularmente de los demás. El que os tengo tiene una cierta particularidad que me consuela infinito, y para decirlo todo de una vez, que me es sumamente provechosa. Tened esto por una sincerísima verdad, y no dudéis de ello; no quería decir tanto, pero de una palabra se va á otra, y después de todo, pienso que esto servirá para provecho vuestro.»

Añade después con un acento de ternura y elevación inexplicable: «Jamás me había sucedido, al pronunciar en mis oraciones las expresiones de *dadnos, concedednos*, el pensar en ninguna persona en particular; pero después que he salido de Dijón, en esta palabra *nos*, muchas personas particulares se vienen á mi memoria, las cuales me están muy recomendadas; pero vos sois generalmente la primera, y cuando no lo sois, que es rara vez, os quedáis para la última, para detenerme más tiempo, ¿puedo decir más? Pero por amor de Dios, que nadie se entere de esto, porque digo tal vez algo más

de lo que quisiera, aunque con toda verdad y pureza.

»Bastante es todo esto—dice,—para que podáis responder á todas esas sugerencias, ó al menos para que os animéis á burlaros de su autor y á escupirle á la cara. Os diré un día lo demás en este mundo ó en el otro.»

Aquí se ve el estilo íntimo y natural de San Francisco de Sales. Decíamos antes hablando de estas cartas, que eran un monumento admirable del espíritu cristiano, y hubiéramos debido añadir que son también y en alto grado, un monumento del carácter francés. El talento, la gracia, la delicadeza, el abandono, la franqueza, la oportunidad, todas estas cualidades tan eminentemente francesas brillan en cada página, y forman una de las lecturas más agradables para un talento cultivado.

Pero el encanto más seductor de estas cartas, el que domina á todos los demás, y se conoce pronto, es el que permite entrever, como á través del cristal transparente de una hermosa agua, la santa, pura y angélica amistad que unía á estas dos bellas almas. «Nada os diré de lo grande que es mi corazón para vos—escribía San Francisco de Sales á la bienaventurada;—pero sí os diré que no tiene comparación con nada, y que este afecto es más cándido que la nieve y más puro que el sol.» Y algún tiempo después: «Siento—la decía—una suavidad extraordinaria en el afecto que os tengo; es fuerte, indestructible, sin medida ni reserva; pero dulce, enteramente puro, muy tranquilo; en una palabra, todo de Dios y en Dios, según me parece.» Todo era, en efecto, en Dios, y tenía el sello de aquel afecto transfigurado, digámoslo así, de Santa María Magdalena para con Jesucristo. Se han recogido todas las cartas de San Francisco de Sales á Santa Juana Francisca, hasta los más pequeños billetes, los más secretos y confidenciales. Y ¿qué se encuentra en ellos? Mil expresiones del mayor afecto, pero también lo más celestial que puede

imaginarse. Se oyó en el proceso de canonización de los dos Santos á un número inmenso de testigos, cuyas declaraciones forman doce volúmenes en folio. Es preciso haberlos leído para tener una idea de los pleonasmos inagotables con que los contemporáneos se esfuerzan en pintar la modestia, la prudencia, la reserva, la castidad de oro fino y la pureza angélica de estas dos nobles almas. ¡Ah! no nos envidiéis la felicidad de encontrar alguna vez en la historia, y entre los torrentes de culpable amor que corrompen al mundo y á menudo le trastornan, algunas gotas á lo menos de ese amor casto que con la inocencia perdiera el hombre, que volveremos á encontrar en el cielo, cuyo suave ambiente y virginal perfume aspiramos en la historia de la vida de los Santos.



CAPÍTULO VII

Principios de la dirección de Santa Juana Francisca Fremiot por San Francisco de Sales.—Reglamento para una señora del mundo en el siglo XVII.—Penas interiores de la señora de Chantal.

1605

EL primer acto de la dirección de San Francisco de Sales, fué dar á la señora de Chantal un reglamento para poder dirigirse en todas sus acciones, y que fuese para ella en presencia de Dios un motivo de perpetua obediencia. Destinado á una señora joven aún, nacida y criada entre la alta nobleza, madre de cuatro hijos, ocupada en administrar una fortuna considerable, y compuesto, por otra parte, por un director tan sabio y juicioso, y tan enemigo de las exageraciones y excesos, creo que merecerá con justicia le estudiemos en todos sus detalles con el mayor cuidado. Abraza tres puntos: las oraciones y demás diferentes ejercicios de piedad; las penitencias y obras de caridad; y, en fin, los deberes de sociedad y de familia (1).

(1) El texto de este reglamento, escrito de mano de San Francisco de Sales, no se encuentra ya. Pero apenas llegó la Santa á Borgoña, encontró varias dificultades, con motivo de los principales artículos de este reglamento: escribió inmediatamente al Santo Obispo, y éste la contestó en una larga carta, en la que explica, comenta y desarrolla el texto y el espíritu de este reglamento. Esta importante carta es del 14 de Octubre de 1604.